

El país del quetzal

Carlos Alfieri

Si se pasa revista a las exposiciones realizadas en Madrid a lo largo de 2002, no se puede dejar de recordar una que constituyó un raro acontecimiento: *El país del quetzal. Guatemala maya e hispana* que, organizada por la Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior (SEACEX), tuvo lugar en el Centro Cultural de la Villa desde el 17 de mayo hasta el 21 de julio.

Pocas veces se ha coronado con tanto éxito la intención de brindar una muestra global del arte y la cultura de un país como en este caso. Aunque centrada en dos etapas fundamentales de la historia guatemalteca, la maya prehispánica –sobre todo en sus períodos Clásico (300 al 900 d.C.) y Postclásico (900 al 1500 d.C.)– y colonial (siglos XVI–XIX), la producción artística desarrollada en ellas fue tan vasta y de tan alta calidad que ofrece todos los obstáculos imaginables al propósito de presentar una síntesis válida y proporcionada a esa grandeza.

La muestra organizada por la SEACEX fue impecable en muchos sentidos: aportó centenares de piezas relevantes, capaces de brindar un panorama exhaustivo de los períodos tratados sin abrumar al espectador, y su organización espacial fue tan acertada que hizo parecer diáfano un ámbito que no lo es.

Seguramente a causa de las insuficiencias de la investigación histórica, la civilización maya –esos «griegos del Nuevo Mundo», como se los ha llamado– se nos aparece como uno de los fulgores más intensos del desarrollo de la humanidad cuyo surgimiento y ocaso siguen constituyendo un misterio. Sabida es la excepcional aptitud de esta cultura obsesionada por el paso del tiempo para la elaboración de calendarios de asombrosa precisión, para la profundización de notables conocimientos matemáticos –con el empleo del cero– y astronómicos, para la creación de un sistema de escritura que subsiste como el único comprensible de las civilizaciones precolumbinas, para la escultura, la cerámica, la arquitectura. En este sentido, las piezas reunidas en la exposición madrileña bastaban para aplastar cualquier posible rescoldo de las teorías de Corneille de Pauw acerca de la inferioridad intrínseca de los americanos.

Estelas, jambas, altares, dinteles, figuras de bulto y marcadores de juego de pelota sobrecogían por su gravedad y densidad simbólica. Altares como el de Kaminaljuyú, del período Preclásico tardío (400 a.C.–250 d.C.) o el denominado L, de Quiriguá, del Clásico tardío (550 al 900 d.C.), soportes de altares como el del número 2 de Piedras Negras, Petén (Clásico tardío), la escultura del Dios Solar de Dos Pilas, Petén (Clásico tardío), el Panel 1 de La Amelia, Petén (Clásico terminal, 800 al 900 d.C.), la Estela 2 de Machaquilá, Petén (Clásico terminal) o el Dintel 3 de Piedras Negras, Petén (Clásico tardío), con sus textos jeroglíficos que además de su no siempre descifrado significado documental –todo era datado por los mayas– poseen un singular valor ornamental, son testimonios del extraordinario grado de maestría escultórica alcanzado por esta civilización.

Piezas como la máscara funeraria de Tikal, Petén (Clásico tardío), construida con mosaicos de jade, concha, madreperla y piritita, o el vaso de mosaicos de jade de Tikal, Petén (Clásico tardío) revelan un arte exquisito. Pero son quizás las pinturas que decoran los objetos de cerámica policroma –platos, vasos, fuentes– los ejemplos más admirables del refinamiento artístico maya. A diferencia de la escultura, las figuras humanas no son aquí hieráticas sino que están dotadas de una notable vivacidad; las líneas del dibujo, con profusión de curvas, son sueltas, decididas, gráciles; todo rezuma una increíble delicadeza, la misma que caracteriza a sus maravillosas piezas de joyería.

Si excelente fue la representación de la etapa maya prehispánica, no lo fue menos la de la época colonial, en la que sobresalían los objetos de platería –el prestigio de la platería guatemalteca era reconocido en todo el mundo hispánico– y la escultura religiosa.

Los grandes maestros españoles implantaron en Guatemala una escuela a la que fueron provechosamente receptivos los artistas autóctonos, continuadores de una milenaria tradición escultórica: el resultado fue la realización de tallas en madera policromada que están entre los más altos ejemplos del arte religioso. En *El país del quetzal* sobresalían varios, como el *Arcángel San Miguel* (Anónimo, siglo XVIII), el *Calvario* (Anónimo, mediados del siglo XVIII), el *San Miguel Arcángel* y el *San Gabriel Arcángel* (ambos anónimos y de finales del siglo XVII y principios del XVIII) y, sobre todo, el extraordinario *San Sebastián*, atribuido a Juan de Chávez (siglo XVIII), portadores admirables del esplendor barroco.

Así, desde las realizaciones de la civilización maya hasta las del tiempo de la dominación española, la exposición llevada a cabo por la SEACEX puso de manifiesto a Guatemala como territorio privilegiado de la creación artística.